

1¹Después de la muerte de Josué, los hijos de Israel consultaron al Señor: «¿Quién de nosotros subirá primero contra los cananeos, para luchar contra ellos?». ²El Señor respondió: «Subirá Judá. He entregado el país en su mano». ³Entonces Judá dijo a su hermano Simeón: «Sube conmigo al territorio que me ha tocado, y luchemos contra los cananeos. Después iré yo también contigo a tu lote». Y Simeón fue con él. ⁴Judá subió, y el Señor entregó en sus manos al cananeo y al perizita. Los derrotaron en Bézec: diez mil hombres. ⁵Encontraron a Adonibézec en Bézec, lucharon contra él y derrotaron al cananeo y al perizita. ⁶Adonibézec huyó, pero fueron tras él, lo apresaron y le cortaron los pulgares de pies y manos. ⁷Adonibézec comentó: «Setenta reyes, con los pulgares de pies y manos cortados, recogían sobras bajo mi mesa. Según actué, así me paga Dios». Lo condujeron a Jerusalén y allí murió. ⁸Los hijos de Judá atacaron Jerusalén y la conquistaron. La pasaron a filo de espada y dieron fuego a la ciudad. ⁹Los hijos de Judá bajaron después a luchar contra los cananeos que habitaban la montaña, el Negueb y la Sefelá. ¹⁰Judá marchó contra los cananeos que habitaban en Hebrón —el nombre de Hebrón era antiguamente Quiriat Arbá— y derrotaron a Sesay, a Ajimán y a Tolmay. ¹¹De allí se dirigió contra los habitantes de Debir, cuyo nombre antiguo era Quiriat Séfer. ¹²Caleb hizo esta promesa: «Al que asalte Quiriat Séfer y la tome, le entregaré a mi hija Axá por esposa». ¹³La conquistó Otoniel, hijo de Quenaz, hermano menor de Caleb, quien le entregó a su hija Axá por esposa. ¹⁴Cuando llegó ella, se puso de acuerdo con él para pedirle un campo a su padre. Se bajó del burro, y Caleb le preguntó: «¿Qué te pasa?». ¹⁵Le contestó: «Concédeme un favor. Puesto que me has dado la tierra del Negueb, dame también aljibes de agua». Y Caleb le concedió los aljibes de arriba y de abajo. ¹⁶Los hijos de Jobab el quenita, suegro de Moisés, subieron con los hijos de Judá desde la ciudad de las Palmeras al desierto de Judá, que está al sur de Arad, y fueron a habitar con el pueblo. ¹⁷Judá marchó con su hermano Simeón y derrotaron a los cananeos que habitaban en Sefat. Consagraron esta ciudad al anatema, por lo que pasó a llamarse Jormá.

¹⁸Judá conquistó también Gaza con su territorio, Ascalón con su territorio y Ecrón con su territorio. ¹⁹El Señor estuvo con Judá, que se adueñó de la montaña; pero no expulsaron a los habitantes del llano, pues tenían carros de hierro. ²⁰Asignaron Hebrón a Caleb, según había ordenado Moisés, y expulsó de allí a los tres hijos de Anac. ²¹En cambio, los benjaminitas no expulsaron al jebuseo que habitaba en Jerusalén, por lo que los jebuseos han seguido viviendo en Jerusalén con los benjaminitas hasta el día de hoy. ²²Los de la casa de José subieron también a Betel, estando el Señor con ellos, ²³y exploraron la ciudad cuyo nombre antiguo era Luz. ²⁴Los centinelas vieron a un hombre que salía de la ciudad y le dijeron: «Muéstranos, por favor, el acceso a la ciudad y te trataremos con benevolencia». ²⁵Les mostró entonces el acceso a la ciudad. Y la pasaron a filo de espada, aunque dejaron marchar a aquel hombre y a toda su familia. ²⁶El hombre se fue a la tierra de los hititas, donde construyó una ciudad, a la que puso el nombre de Luz, que se ha mantenido hasta el día de hoy. ²⁷En cambio, Manasés no se apoderó de Bet Seán y sus villas, ni de Taanac y sus villas, ni de los habitantes de Dor y sus villas, ni de los habitantes de Yibleán y sus villas, ni de los habitantes de Meguido y sus villas; por ello los cananeos siguieron morando en aquel país. ²⁸No obstante, cuando Israel se hizo fuerte, impuso trabajos forzados al cananeo, aunque no logró expulsarlo. ²⁹Efraín no expulsó al cananeo que moraba en Guézer, por ello los cananeos siguieron habitando en medio de aquel en Guézer. ³⁰Zabulón no expulsó a los habitantes de Quitrón ni a los habitantes de Nahalol, por ello los cananeos siguieron habitando en medio de aquel, aunque sometidos a trabajos forzados. ³¹Aser no expulsó a los habitantes de Aco ni a los habitantes de Sidón, de Ajlab, de Aczib, de Jelba, de Afec y de Rejob. ³²Y los aseritas habitaron en medio de los cananeos que moraban en el país, porque no los expulsaron. ³³Neftalí no expulsó a los habitantes de Bet Semes, ni a los habitantes de Bet Anat, y habitó en medio de los cananeos que moraban en el país, aunque sometió a trabajos forzados a los habitantes de Bet Semes y de Bet Anat. ³⁴Los amorreos rechazaron a los danitas hacia la montaña, sin permitirles

bajar al llano. ³⁵Los amorreos continuaron habitando en Har Jeres, en Ayalón y en Saalbín; pero, cuando descargó la mano de la casa de José, quedaron sometidos a trabajos forzados. ³⁶La frontera de los amorreos iba desde la subida de los Acrabín y de Sela hacia arriba.

2¹El ángel del Señor subió desde Guilgal a Boquín y dijo: «Yo os hice subir de Egipto y os introduje en la tierra que juré a vuestros padres. Yo había declarado: “Nunca jamás romperé mi alianza con vosotros, ²y vosotros no habréis de pactar alianza con los habitantes de este país, sino que demoleréis sus altares”. Pero no escuchasteis mi voz. ¿Qué habéis hecho aquí? ³Por consiguiente, también declaro: “No los expulsaré delante de vosotros. Ellos serán vuestros lazos y sus dioses una trampa”». ⁴Cuando el ángel del Señor terminó de hablar a los hijos de Israel, el pueblo alzó la voz y se puso a llorar. ⁵Llamaron a aquel lugar con el nombre de Boquín y allí ofrecieron sacrificios al Señor. ⁶Josué despidió al pueblo, y los hijos de Israel se fueron cada cual a su heredad, para tomar posesión del país. ⁷El pueblo sirvió al Señor en vida de Josué y de los ancianos que sobrevivieron a Josué y que habían visto todas las grandes obras que el Señor había realizado en favor de Israel. ⁸Josué, hijo de Nun, siervo del Señor, murió a la edad de ciento diez años. ⁹Y lo enterraron en el término de su heredad, en Timnat Jeres, en la montaña de Efraín, al norte del monte Gaas. ¹⁰Toda aquella generación se reunió también con sus padres, y le siguió otra generación que no había conocido al Señor ni la obra que había realizado en favor de Israel. ¹¹Los hijos de Israel obraron mal a los ojos del Señor, y sirvieron a los baales. ¹²Abandonaron al Señor, Dios de sus padres, que les había hecho salir de la tierra de Egipto, y fueron tras otros dioses, dioses de los pueblos vecinos, postrándose ante ellos e irritando al Señor. ¹³Abandonaron al Señor para servir a Baal y a las astartés. ¹⁴Se encendió, entonces, la ira del Señor contra Israel, los entregó en manos de saqueadores que los expoliaron y los vendió a los enemigos de alrededor, de modo que ya no pudieron resistir ante ellos. ¹⁵Siempre que salían, la mano del Señor

estaba contra ellos para mal, según lo había anunciado el Señor y conforme les había jurado. Por lo que se encontraron en grave aprieto. ¹⁶Entonces el Señor suscitó jueces que los salvaran de la mano de sus saqueadores. ¹⁷Pero tampoco escucharon a sus jueces, sino que se prostituyeron yendo tras otros dioses y se postraron ante ellos. Se desviaron pronto del camino que habían seguido sus padres, escuchando los mandatos del Señor. No obraron como ellos. ¹⁸Cuando el Señor les suscitaba jueces, el Señor estaba con el juez y los salvaba de la mano de sus enemigos en vida del juez, pues el Señor se compadecía de sus gemidos, provocados por quienes los vejaban y oprimían. ¹⁹Pero, a la muerte del juez volvían a prevaricar más que sus padres, yendo tras otros dioses, para servirles y postrarse ante ellos. No desistían de su comportamiento ni de su conducta obstinada. ²⁰La ira del Señor se encendió contra Israel y declaró: «Puesto que este pueblo ha quebrantado la alianza que prescribí a sus padres y no han escuchado mi voz, ²¹tampoco yo volveré a expulsar delante de ellos a ninguno de los pueblos que Josué dejó al morir, ²²a fin de probar a Israel por medio de ellos, y saber si guardan o no los caminos del Señor, marchando por ellos, como hicieron sus padres». ²³El Señor permitió que aquellos pueblos se quedaran, sin expulsarlos de inmediato, y no los entregó en mano de Josué.

3¹Estas son las gentes que dejó el Señor, para probar con ellas a los israelitas que no habían conocido ninguna de las guerras de Canaán ²e instruirlos y adiestrarlos en la guerra: ³cinco príncipes filisteos, y todos los cananeos, sidonios y heveos, que habitaban la montaña del Líbano, desde el monte Baal Hermón a Lebo Jamat. ⁴Esto ocurrió así para poner a prueba a Israel y saber si obedecían los mandatos que el Señor había prescrito a sus padres por medio de Moisés. ⁵Los hijos de Israel habitaron en medio de los cananeos, de los hititas, de los amorreos, de los perizitas, de los heveos y de los jebuseos. ⁶Tomaron a sus hijas como esposas, y ellos entregaron sus hijas a los hijos de ellos y sirvieron a sus

dioses. ⁷Los hijos de Israel obraron mal a los ojos del Señor, olvidando al Señor, su Dios, y sirviendo a los baales y a las aseras. ⁸La ira del Señor se encendió contra Israel, y los vendió a Cusán Risatain, rey de Arán Naharáin. Los hijos de Israel sirvieron ocho años a Cusán Risatain. ⁹Entonces clamaron al Señor. Y el Señor les suscitó un salvador, que los salvara, es decir, a Otoniel, hijo de Quenaz, el hermano menor de Caleb. ¹⁰Vino sobre él el espíritu del Señor y juzgó a Israel. Salió a la guerra y el Señor entregó en su mano a Cusán Risatain, rey de Arán, prevaleciendo su mano sobre Cusán Risatain. ¹¹El país estuvo en paz cuarenta años. Y murió Otoniel, hijo de Quenaz. ¹²Los hijos de Israel volvieron a obrar mal a los ojos del Señor, y el Señor fortaleció a Eglón, rey de Moab, contra Israel, por cuanto habían obrado mal a sus ojos. ¹³Eglón reunió junto a sí a los amonitas y amalecitas. Fue, derrotó a Israel y conquistaron la ciudad de las Palmeras. ¹⁴Los hijos de Israel estuvieron sometidos dieciocho años a Eglón, rey de Moab. ¹⁵Pero los hijos de Israel clamaron al Señor y el Señor les suscitó un salvador: Ehud, hijo de Guerá, benjaminita, impedido de la mano derecha. Por su mano enviaron los hijos de Israel un tributo a Eglón, rey de Moab. ¹⁶Ehud se había hecho un puñal de doble filo, de un palmo de largo, y se lo ciñó bajo su manto, sobre el muslo derecho. ¹⁷Presentó el tributo a Eglón, rey de Moab, que era un hombre muy obeso. ¹⁸Cuando terminó de presentar el tributo, despidió a la gente que lo había llevado. ¹⁹Pero él se volvió desde los ídolos que hay junto a Guilgal, para decir: «¡Majestad!, tengo un mensaje secreto para ti». Eglón ordenó: «¡Silencio!». Y salieron de su lado todos cuantos se encontraban con él. ²⁰Ehud se acercó al rey, que estaba sentado en la habitación superior, reservada para que él tomara el fresco, y le dijo: «Tengo un mensaje de Dios para ti». El rey se levantó de su trono, ²¹y Ehud alargó la mano izquierda, agarró el puñal del muslo derecho y se lo clavó en el vientre. ²²La empuñadura penetró tras la hoja, y se cerró la grasa sobre la hoja, pues no sacó el puñal del vientre. Ehud se deslizó luego por el agujero, ²³salió por el pórtico, cerró tras él las puertas de la habitación superior y echó el cerrojo. ²⁴Cuando había salido,

entraron los siervos y miraron: las puertas de la habitación superior tenían echado el cerrojo. Dijeron: «Seguro que está cubriéndose los pies en la habitación donde se toma el fresco». ²⁵Aguardaron hasta quedar confusos, pues no abría las puertas de la habitación superior. Al fin cogieron la llave y abrieron: su señor yacía en el suelo, muerto. ²⁶Ehud se había escapado, mientras ellos titubeaban. Atravesó los ídolos y huyó a Seirá. ²⁷En cuanto llegó, tocó el cuerno en la montaña de Efraín. Todos los hijos de Israel bajaron de la montaña con él al frente. ²⁸Les arengó: «Seguidme, pues el Señor ha entregado en vuestras manos a Moab, vuestro enemigo». Bajaron tras él y ocuparon los vados del Jordán pertenecientes a Moab, sin dejar cruzar a nadie. ²⁹ En aquella ocasión causaron diez mil bajas a Moab, todos hombres robustos y valientes, y no escapó ninguno. ³⁰ Aquel día Moab quedó sometido bajo la mano de Israel y el país estuvo en paz ochenta años. ³¹ A Ehud le sucedió Samgar, hijo de Anat. Mató a seiscientos filisteos con una aguijada de bueyes, salvando también a Israel.

4¹ Los hijos de Israel volvieron a obrar mal a los ojos del Señor, después de la muerte de Ehud. ²Y El Señor los vendió a Yabín, rey de Canaán, que reinaba en Jaser. El jefe de su ejército era Sísara, que habitaba en Jaróset Goyín. ³Los hijos de Israel clamaron al Señor, pues Sísara tenía novecientos carros de hierro y había oprimido con dureza a Israel a lo largo de veinte años. ⁴Débora, la profetisa, mujer de Lapidot, juzgaba a Israel por aquel tiempo. ⁵Se sentaba bajo la palmera de Débora, entre Ramá y Betel, en la montaña de Efraín, y los hijos de Israel subían allí a juicio. ⁶Mandó llamar a Barac, hijo de Abinoán, de Cadés de Neftalí, y le dijo: «El Señor, Dios de Israel, ha ordenado lo siguiente: “Ve, haz una convocatoria en el monte Tabor, y toma contigo diez mil hombres de Neftalí y Zabulón. ⁷Yo te atraeré hacia el torrente Quisón a Sísara, jefe del ejército de Yabín, con sus carros y su tropa, y lo entregaré en tu mano”». ⁸Barac contestó: «Si vienes conmigo, iré, pero si no vienes conmigo, no iré». ⁹Ella dijo: «Iré contigo, solo que no te corresponderá la gloria por la

expedición que vas a emprender, pues el Señor entregará a Sísara en mano de una mujer». Débora se levantó y fue con Barac a Cadés. ¹⁰Barac convocó a Zabulón y a Neftalí en Cadés. Diez mil hombres subieron tras sus pasos, y también Débora subió con él. ¹¹Jéber, el quenita, se había separado de Caín, de los hijos de Jobab, suegro de Moisés. Y había desplegado su tienda junto a la encina de Saanayin, cerca de Cadés. ¹²Le informaron a Sísara que Barac, hijo de Abinoán, había subido al monte Tabor. ¹³Y reunió todos sus carros, novecientos carros de hierro, y a toda la gente que estaba con él, desde Jaróset Goyín al torrente Quisón. ¹⁴Entonces Débora dijo a Barac: «Levántate, pues este es el día en que el Señor ha entregado a Sísara en tu mano. El Señor marcha delante de ti». Barac bajó del monte Tabor con diez mil hombres tras él. ¹⁵El Señor desbarató a filo de espada a Sísara, a todos los carros y a todo el ejército ante Barac. Sísara bajó del carro y huyó a pie, ¹⁶mientras Barac persiguió a los carros y al ejército hasta Jaróset Goyín. Todo el ejército de Sísara cayó a filo de espada, sin que se salvara ni uno. ¹⁷Sísara huyó a pie hasta la tienda de Yael, esposa de Jéber, el quenita, pues había paz entre Yabín, rey de Jasor, y la casa de Jéber, el quenita. ¹⁸Yael salió al encuentro de Sísara y le dijo: «Acércate, mi señor, acércate a mí, no temas». Entró en su tienda y ella lo tapó con una manta. ¹⁹Él le pidió: «Por favor, dame de beber un poco de agua, pues tengo sed». Ella abrió el odre de leche, le dio de beber y lo tapó de nuevo. ²⁰Él le dijo: «Ponte a la puerta de la tienda, y si viene alguno y te pregunta: ¿hay alguien aquí?, le responderás: no hay nadie». ²¹Yael, esposa de Jéber, agarró una estaca de la tienda y tomó el martillo en su mano, se le acercó sigilosamente y le clavó la estaca en la sien hasta que se hundió en la tierra. Y él, que estaba profundamente dormido y exhausto, murió. ²²Entre tanto, Barac venía persiguiendo a Sísara. Yael salió a su encuentro y le dijo: «Ven y mira al hombre que buscas». Entró en la tienda: Sísara yacía muerto con la estaca en la sien. ²³El Señor humilló aquel día a Yabín, rey de Canaán, ante los hijos de Israel. ²⁴La mano de los hijos de Israel fue haciéndose

cada vez más pesada sobre Yabín, rey de Canaán, hasta que lo aniquilaron.

5¹Débora y Barac, hijo de Abinoán, entonaron aquel día un cántico:
²«Cuando se sueltan las cabelleras en Israel, | cuando un pueblo se ofrece voluntariamente, | ¡benedicid al Señor! ³Escuchad, reyes; oíd, príncipes, | que voy a cantar al Señor, | a salmodiar al Señor, Dios de Israel. ⁴Señor, cuando saliste de Seír, | cuando avanzaste desde el campo de Edón, | la tierra tembló, los cielos gotearon, | las nubes destilaron agua. ⁵Los montes retemblaron ante el Señor, el del Sinaí, | ante el Señor, Dios de Israel. ⁶En los días de Samgar, hijo de Anat, | en los días de Yael quedaron desiertos los caminos, | y quienes solían ir por ellos marchaban por vías tortuosas. ⁷Se interrumpió la vida de los pueblos, se interrumpió en Israel, | y yo, Débora, me puse en pie, | me puse en pie como una madre en Israel. ⁸Habían escogido dioses nuevos. | Entonces la guerra estaba a las puertas, | ni escudo ni lanza se veía entre cuarenta mil en Israel. ⁹Mi corazón por los capitanes de Israel, | por los voluntarios del pueblo: | ¡Benedicid al Señor! ¹⁰Los que cabalgáis en borricas blancas, | los que os sentáis sobre albardas, | y quienes vais de camino, cantad. ¹¹A la voz de los que reparten entre los abrevaderos, | donde se celebran las gestas del Señor, | las gestas de sus aldeanos en Israel. | Entonces bajó a las puertas el pueblo del Señor. ¹²¡Despierta, despierta, Débora! | ¡Despierta, despierta, entona un canto! | ¡Levántate, Barac, y apresa a tus cautivos, hijo de Abinoán! ¹³Entonces el resto bajó hacia los nobles, | el pueblo del Señor bajó por mí contra los poderosos. ¹⁴Los de Efraín que tienen sus raíces en Amalec, | tras de ti, Benjamín, con tus tropas. | De Maquir bajaron los jefes, | y de Zabulón los que reclutan con el bastón de escriba. ¹⁵Los príncipes de Isacar están con Débora, | e Isacar es fiel a Barac: | se lanzó al valle tras sus pasos. | En los clanes de Rubén fueron grandes las deliberaciones del corazón. ¹⁶¿Por qué has permanecido entre los apriscos, | escuchando los silbidos de los rebaños? | En los clanes de Rubén fueron grandes las deliberaciones del corazón. ¹⁷Galaad

se instaló allende el Jordán. | Y Dan ¿por qué se alojaba en naves? | Aser permaneció a la orilla del mar | y se instaló en sus ensenadas. ¹⁸Zabulón es un pueblo que expuso su vida a la muerte, | lo mismo que Neftalí sobre las alturas del campo. ¹⁹Llegaron los reyes, lucharon. | Lucharon, entonces, los reyes de Canaán, | en Taanac, junto a las aguas de Meguido. | Pero no obtuvieron un botín de plata. ²⁰Desde los cielos lucharon las estrellas, | desde sus órbitas lucharon contra Sísara. ²¹El torrente Quisón los arrolló, | torrente antiquísimo, torrente Quisón. | Alma mía, camina con brío. ²²Entonces, resonaron los cascos de los caballos, | al galope, al galope de los corceles. ²³Maldecid a Meroz, dijo el ángel del Señor. | Maldecid a sus habitantes, | pues no vinieron en auxilio del Señor, | en auxilio del Señor contra los poderosos. ²⁴Bendita Yael entre las mujeres, | la esposa de Jéber, el quenita; | entre las mujeres que viven en tiendas, sea bendita. ²⁵Pidió agua, le dio leche, | en taza de nobles le presentó cuajada. ²⁶Alargó su mano a la estaca, | su diestra al martillo de los trabajadores. | Golpeó a Sísara, machacó su cabeza. | Destrozó y perforó su sien. ²⁷Entre sus pies se desplomó, cayó y quedó tendido; | entre sus pies se desplomó, cayó. | Donde se desplomó, allí cayó deshecho. ²⁸A la ventana se asomó, | y tras la celosía gritó la madre de Sísara: | ¿por qué tarda en venir su carro? | ¿Por qué se retrasa la marcha de sus carros? ²⁹Las más sabias de sus damas le responden, | y ella lo repite: ³⁰“Estarán repartiéndose el botín encontrado: | una muchacha, dos muchachas para cada soldado, | un botín de telas de colores para Sísara, | un botín de telas de colores con recamado, | una tela de colores con doble recamado para el cuello del vencedor”. ³¹¡Así perezcan, Señor, todos tus enemigos! | ¡Sean sus amigos como cuando el sol despunta en su fuerza!». Y el país estuvo en paz cuarenta años.

6¹Los hijos de Israel obraron mal a los ojos del Señor y él los entregó durante siete años en manos de Madián. ²Madián dejó sentir su poder sobre Israel y, por su causa, los hijos de Israel se refugiaron en las

cavernas que hay en los montes, en las cuevas y en los riscos. ³Cada vez que Israel sembraba, Madián, Amalec y los hijos de Oriente subían contra él. ⁴Acampaban frente a ellos y saqueaban la cosecha del país hasta la entrada de Gaza. Y no dejaban víveres en Israel, ni oveja, ni buey, ni asno. ⁵Pues subían con sus ganados y sus tiendas, numerosos como langostas. Ellos y sus camellos eran innumerables, y llegaban al país para devastarlo. ⁶Israel se empobreció muchísimo a causa de Madián y los hijos de Israel clamaron al Señor. ⁷En cuanto los hijos de Israel clamaron al Señor por causa de Madián, ⁸les mandó un profeta, que les dijo: «Así dice el Señor, Dios de Israel: “Yo os hice subir de Egipto y os saqué de la casa de la esclavitud. ⁹Os libré de la mano de los egipcios y de todos vuestros opresores; los expulsé delante de vosotros y os entregué su país. ¹⁰Os dije: yo soy el Señor, vuestro Dios, no veneréis a los dioses de los amorreos en cuyo país habitáis, pero no escuchasteis mi voz”». ¹¹Vino, entonces, el ángel del Señor y se sentó bajo el terebinto que hay en Ofrá, perteneciente a Joás, de los de Abiezer. Su hijo Gedeón estaba desgranando el trigo en el lagar, para esconderlo de los madianitas. ¹²Se le apareció el ángel del Señor y le dijo: «El Señor esté contigo, valiente guerrero». ¹³Gedeón respondió: «Perdón, mi señor; si el Señor está con nosotros, ¿por qué nos ha sucedido todo esto? ¿Dónde están todos los prodigios que nos han narrado nuestros padres, diciendo: el Señor nos hizo subir de Egipto? En cambio ahora, el Señor nos ha abandonado y nos ha entregado en manos de Madián». ¹⁴El Señor se volvió hacia él y le dijo: «Ve con esa fuerza tuya y salva a Israel de las manos de Madián. Yo te envío». ¹⁵Gedeón replicó: «Perdón, mi Señor, ¿con qué voy a salvar a Israel? Mi clan es el más pobre de Manasés y yo soy el menor de la casa de mi padre». ¹⁶El Señor le dijo: «Yo estaré contigo y derrotarás a Madián como a un solo hombre». ¹⁷Gedeón insistió: «Si he hallado gracia a tus ojos, dame una señal de que eres tú el que estás hablando conmigo. ¹⁸Te ruego que no te retires de aquí hasta que vuelva a tu lado, traiga mi ofrenda y la deposite ante ti». El Señor respondió: «Permaneceré sentado hasta que vuelvas». ¹⁹Gedeón marchó a preparar un cabrito y

panes ácidos con unos cuarenta y cinco kilos de harina. Puso la carne en un cestillo, echó la salsa en una olla, lo llevó bajo la encina y se lo presentó. ²⁰El ángel de Dios le dijo entonces: «Coge la carne y los panes ácidos, deposítalos sobre aquella peña, y vierte la salsa». Así lo hizo. ²¹El ángel del Señor alargó la punta del bastón que tenía en la mano, tocó la carne y los panes ácidos, y subió un fuego de la peña que consumió la carne y los panes ácidos. Después el ángel del Señor desapareció de sus ojos. ²²Cuando Gedeón reconoció que se trataba del ángel del Señor, dijo: «¡Ay, Señor mío, Señor, que he visto cara a cara al ángel del Señor!». ²³El Señor respondió: «La paz contigo, no temas, no vas a morir». ²⁴Gedeón erigió allí un altar al Señor y lo llamó «el Señor paz». Todavía hoy existe en Ofrá de Abiezer. ²⁵Aquella noche le dijo el Señor: «Coge el novillo adulto de tu padre y el novillo de siete años del segundo parto, derriba el altar de Baal, propiedad de tu padre, y tala la Asera que está sobre él. ²⁶Erige luego un altar en hilera al Señor, tu Dios, en lo alto de esa fortificación. Coge el novillo del segundo parto y ofrécelo en holocausto con la leña de la Asera que hayas talado». ²⁷Gedeón escogió diez de sus siervos e hizo como le había ordenado el Señor. Ahora bien, lo llevó a cabo de noche y no de día, por miedo a la casa de su padre y a los hombres de la ciudad. ²⁸Cuando los hombres de la ciudad se levantaron temprano, encontraron demolido el altar de Baal, talada la Asera que había sobre él, y el novillo del segundo parto ofrecido sobre el altar levantado. ²⁹Se dijeron unos a otros: «¿Quién ha hecho tal cosa?». Hicieron averiguaciones y consultas, que les llevaron a concluir: «Gedeón, hijo de Joás, hizo tal cosa». ³⁰Los hombres de la ciudad dijeron a Joás: «Saca a tu hijo para que muera, pues ha demolido el altar de Baal y ha talado la Asera que había sobre él». ³¹Joás respondió a todos cuantos se encontraban ante él: «¿Acaso pretendéis defender a Baal? ¿Es que vais a salvarlo vosotros? El que intente defenderlo morirá antes del amanecer. Si es dios, que se defienda a sí mismo, pues se ha demolido su altar». ³²Por eso, aquel día le pusieron a Gedeón el nombre de Jerubaal, diciendo: «Que luche Baal con él, puesto que ha demolido su

altar». ³³Madián, Amalec y los hijos de Oriente se juntaron a una, cruzaron el Jordán y acamparon en el valle de Yezrael. ³⁴El espíritu del Señor revistió a Gedeón, que tocó el cuerno, y Abiezer se incorporó tras él. ³⁵Despachó mensajeros a todo Manasés, que también se le unió. Despachó mensajeros a Aser, a Zabulón y a Neftalí, y subieron a su encuentro. ³⁶Gedeón dijo a Dios: «Si vas a ser tú el que salve a Israel por mi mano, según has dicho, ³⁷mira, voy a dejar un vellón de lana en la era. Si cae rocío únicamente sobre el vellón, y todo el suelo queda seco, sabré que salvarás a Israel por mi mano, tal y como has dicho». ³⁸Así ocurrió. Se levantó de madrugada, estrujó el vellón y exprimió el rocío del vellón, llenando una cazuela de agua. ³⁹Gedeón dijo a Dios: «No se encienda tu ira contra mí, si hablo una vez más. Permíteme que pruebe solo otra vez con el vellón. Quede seco solo el vellón, mientras que en todo el suelo haya rocío». ⁴⁰Y así lo hizo el Señor aquella noche. Quedó únicamente seco el vellón y cayó rocío en todo el suelo.

7¹Jerubaal, es decir Gedeón, y todo el pueblo que estaba con él madrugaron y acamparon en En Jarod, quedando el campamento de Madián al norte del suyo, junto a la colina de Moré, en el valle. ²El Señor dijo a Gedeón: «Es mucha la gente que está contigo, como para que yo entregue a Madián en tu mano. No vaya a engreírse Israel ante mí, diciendo: “Mi mano me ha salvado”». ³Ahora, pues, pregona a oídos del pueblo: «Quien tenga miedo y tiemble, vuelva y márchese por el monte Galaad». Se volvieron veintidós mil del pueblo y quedaron diez mil. ⁴Mas el Señor dijo a Gedeón: «Es todavía mucha gente. Haz que bajen a la fuente y allí los seleccionaré. Y del que yo te diga: “Ese ha de ir contigo”, ese irá contigo; y del que te diga: “Ese no ha de ir contigo”, ese no irá contigo». ⁵Gedeón hizo que el pueblo bajara a la fuente y el Señor le dijo: «A todo el que beba lamiendo el agua con su lengua, como lame el perro, lo pondrás aparte, y lo mismo a cuantos doblen la rodilla para beber». ⁶El número de los que lamieron el agua llevándola con las manos a la boca fue de trescientos. El resto de la gente dobló la rodilla para beber

agua. ⁷El Señor declaró a Gedeón: «Os salvaré con los trescientos hombres que han lamido y entregaré a Madián en tu mano. El resto de la gente, que cada uno se vuelva a su casa». ⁸Entonces cogieron en sus manos las vituallas del pueblo y los cuernos. Despidió a todos los demás israelitas, cada cual a su tienda, y retuvo a los trescientos hombres. El campamento de Madián se encontraba más abajo del suyo, en el valle. ⁹El Señor le dijo aquella noche: «Levántate, baja al campamento, pues voy a entregarlo en tus manos. ¹⁰Y si tienes miedo de bajar, desciende hasta el campamento con tu criado Furá. ¹¹Cuando escuches lo que hablan, se fortalecerá tu mano y bajarás contra el campamento». Él y su criado Furá bajaron hasta el extremo de las avanzadillas del campamento. ¹²Madián, Amalec y todos los hijos de Oriente estaban echados en el valle, numerosos como las langostas, y sus camellos eran incontables, tan numerosos como la arena de la orilla del mar. ¹³Al llegar Gedeón, uno estaba contando un sueño a su compañero. Decía: «He tenido un sueño. Una hogaza de pan de cebada rodaba por el campamento de Madián. Llegó hasta la tienda, la golpeó y se vino abajo. La volcó y la tienda se desmontó». ¹⁴Su compañero tomó la palabra y dijo: «Eso no es otra cosa que la espada de Gedeón, hijo de Joás, el israelita. Dios ha entregado en su mano a Madián y a todo el campamento». ¹⁵Al oír Gedeón el relato del sueño y su interpretación, se postró. Volvió al campamento de Israel y ordenó: «¡Levantaos, pues el Señor ha entregado en vuestras manos el campamento de Madián!». ¹⁶Dividió los trescientos hombres en tres cuerpos y puso en manos de todos ellos cuernos y cántaros vacíos con antorchas en el interior de los cántaros. ¹⁷Les ordenó: «Miradme y haced lo mismo. Cuando llegue al extremo del campamento, haced lo mismo que yo. ¹⁸Tocaré el cuerno con todos los que estén conmigo. Entonces, también vosotros tocaréis el cuerno alrededor del campamento y exclamaréis: ¡por el Señor y por Gedeón!». ¹⁹Gedeón y los cien hombres que estaban con él llegaron al extremo del campamento al comienzo de la segunda vigilia, cuando acababan de relevarse los centinelas. Tocarón los cuernos y rompieron los cántaros

que llevaban en las manos. ²⁰Los tres grupos tocaron los cuernos y rompieron los cántaros. Cogieron en la izquierda las antorchas y en la derecha los cuernos para tocar, y gritaron: «¡Espada para el Señor y para Gedeón!». ²¹Permanecieron cada cual en su puesto, alrededor del campamento. Todos los del campamento corrían y, dando gritos, huían. ²²Los trescientos tocaron los cuernos y el Señor hizo que esgrimieran la espada unos contra otros en todo el campamento y que huyeran hasta Bet Sitá, hacia Sererá, hasta la ribera de Abel Mejolá, en dirección de Tabat. ²³Los israelitas de Neftalí, de Aser y de todo Manasés se reunieron y persiguieron a Madián. ²⁴Gedeón despachó mensajeros a toda la montaña de Efraín, para decir: «Bajad al encuentro de Madián y tomadles los puntos de agua hasta Bet Bará y el Jordán». Se reunieron todos los hombres de Efraín y tomaron los puntos de agua hasta Bet Bará y el Jordán. ²⁵Capturaron a dos príncipes de Madián, a Oreb y a Zeeb. Mataron a Oreb en la roca de Oreb y a Zeeb lo mataron en el trujal de Zeeb. Persiguieron luego a Madián, y trajeron a Gedeón las cabezas de Oreb y Zeeb de allende el Jordán.

8¹Los hombres de Efraín se quejaron a Gedeón: «¿Por qué has hecho esto con nosotros, no convocándonos cuando fuiste a luchar contra Madián?». Y discutieron violentamente con él. ²Les contestó: «¿Se puede comparar lo que he hecho yo con lo que habéis hecho vosotros? ¿Acaso no es mejor el rebusco de Efraín que la vendimia de Abiezer? ³Dios ha entregado en vuestras manos a los príncipes de Madián, a Oreb y a Zeeb. ¿Qué he podido hacer comparable a vosotros?». Dichas estas palabras, se apaciguó su ánimo. ⁴Gedeón llegó después al Jordán. Y lo cruzó con los trescientos hombres que iban con él. Como estaban agotados, casi no podían continuar la persecución. ⁵Gedeón dijo entonces a los habitantes de Sucot: «Dadnos, por favor, hogazas de pan para los que siguen mis pasos, pues están agotados. Yo voy tras Zébaj y Salmuná, reyes de Madián». ⁶Los príncipes de Sucot respondieron: «¿Acaso están en tus manos las palmas de Zébaj y de Salmuná, como para que

hayamos de dar pan a tu tropa?». ⁷Gedeón replicó: «Pues bien, en cuanto el Señor entregue a Zébaj y a Salmuná en mi mano, trillaré vuestras carnes con espinos y cardos del desierto». ⁸Subió de allí a Penuel y les habló de igual modo. Los hombres de Penuel respondieron como las gentes de Sucot. ⁹Y dijo a los de Penuel: «Cuando vuelva en paz, derribaré esta torre». ¹⁰En cuanto a Zébaj y a Salmuná, se encontraban en Carcor con su campamento, unos quince mil hombres que quedaban de todo el campamento de los hijos de Oriente. Los caídos habían sido ciento veinte mil hombres armados de espada. ¹¹Gedeón subió por el camino de los que habitan en tiendas, al este de Nóbaj y Yogbohá, y batió al campamento, pues la tropa estaba confiada. ¹²Zébaj y Salmuná huyeron, pero fue tras ellos. Capturó a los dos reyes de Madián, Zébaj y Salmuná, y amedrentó a toda la tropa. ¹³Gedeón, hijo de Joás, regresó de la campaña por la subida de Jeres. ¹⁴Capturó a un muchacho de las gentes de Sucot y le interrogó. Él le escribió el nombre de los príncipes de Sucot y de sus ancianos: setenta y siete hombres. ¹⁵Llegó luego donde estaban las gentes de Sucot y dijo: «He aquí a Zébaj y a Salmuná, por cuya causa me ofendisteis, diciendo: “¿Están acaso en tus manos las palmas de Zébaj y Salmuná como para que hayamos de dar pan a tu gente desfallecida?”». ¹⁶Cogió a los ancianos de la ciudad y dio una lección a las gentes de Sucot con espinos y cardos del desierto. ¹⁷Derribó la torre de Penuel y mató a las gentes de la ciudad. ¹⁸Dijo luego a Zébaj y a Salmuná: «¿Cómo eran los hombres que matasteis en el Tabor?». Respondieron: «Eran como tú. Cada uno tenía prestancia de hijo de rey». ¹⁹Él les dijo: «Eran mis hermanos, hijos de mi madre. ¡Por vida del Señor!, si los hubieseis dejado vivos, no os mataría». ²⁰Después ordenó a Yéter, su primogénito: «¡Vamos, mátalos!». Pero el muchacho no desenvainó su espada, pues tenía mucho miedo; era todavía joven. ²¹Entonces Zébaj y Salmuná dijeron: «Vamos, arremete contra nosotros, pues el hombre se mide por su bravura». Gedeón se levantó y mató a Zébaj y a Salmuná. Luego recogió las lunetas del pescuezo de sus camellos. ²²Los israelitas dijeron a Gedeón: «Manda tú sobre nosotros, y lo mismo tu hijo y el hijo

de tu hijo, pues nos has salvado de la mano de Madián». ²³Pero Gedeón les respondió: «Ni yo ni mi hijo mandaremos sobre vosotros. El Señor es quien mandará sobre vosotros». ²⁴Y seguidamente Gedeón les pidió: «Quiero haceros un ruego: que cada uno me dé un anillo de su botín» — los vencidos llevaban anillos de oro porque eran ismaelitas—. ²⁵Respondieron: «Los entregaremos de buen grado». Extendieron un manto y cada uno echó allí el anillo de su botín. ²⁶El peso de los anillos de oro que había pedido fue de unos diecinueve kilos de oro, aparte de las lunetas, los pendientes y vestidos de púrpura que llevaban los reyes de Madián, y de los collares que llevaban al pescuezo sus camellos. ²⁷Gedeón hizo con todo ello un efod que erigió en su ciudad, en Ofrá. Todo Israel se prostituyó ante el efod, de modo que se convirtió en una trampa para Gedeón y su casa. ²⁸Madián quedó sometido a los hijos de Israel y no volvió a levantar cabeza. El país estuvo en paz cuarenta años, mientras vivió Gedeón. ²⁹Jerubaal, hijo de Joás, se fue a vivir a su casa. ³⁰Gedeón tuvo setenta hijos, nacidos de él, pues tenía muchas mujeres. ³¹En cuanto a la concubina que vivía en Siquén, también le engendró un hijo, a quien puso de nombre Abimélec. ³²Gedeón, hijo de Joás, murió en buena vejez y fue enterrado en el sepulcro de su padre Joás, en Ofrá de Abiezer. ³³Muerto Gedeón, los hijos de Israel volvieron a prostituirse tras los baales, y adoraron como dios a Baal Berit. ³⁴Los hijos de Israel no se acordaron del Señor, su Dios, que les había librado de la mano de todos los enemigos de alrededor, ³⁵ni obraron lealmente con la casa de Jerubaal, es decir, Gedeón, por todo el bien que había hecho a Israel.

9¹Abimélec, hijo de Jerubaal, fue a Siquén, donde vivían los hijos de su madre, y les propuso a ellos y a toda la familia de su abuelo materno lo siguiente: ²«Decid, por favor, a todos los señores de Siquén: “¿Qué os resulta mejor, que manden sobre vosotros setenta hombres, todos los hijos de Jerubaal, o que mande sobre vosotros un solo hombre?”. Recordad que yo soy hueso vuestro y carne vuestra». ³Los hermanos de su madre transmitieron estas palabras a todos los señores de Siquén. Y

su corazón se inclinó por Abimélec, pues se dijeron: «Es nuestro hermano». ⁴Le entregaron cerca de ochocientos gramos de plata del templo de Baal Berit, y Abimélec contrató hombres desocupados y aventureros, que fueron tras él. ⁵Llegó a casa de su padre, a Ofrá, y mató sobre una piedra a sus hermanos, a los setenta hijos de Jerubaal. Quedó Jotán, el hijo menor de Jerubaal, que se había escondido. ⁶Se reunieron todos los señores de Siquén y todo Bet Millo, y fueron a proclamar rey a Abimélec junto a la encina de la estela que hay en Siquén. ⁷Se lo anunciaron a Jotán, que, puesto en pie sobre la cima del monte Garizín, alzó la voz y les dijo a gritos: «Escuchadme, señores de Siquén, y así os escuche Dios. ⁸Fueron una vez los árboles a ungir rey sobre ellos. Y dijeron al olivo: “Reina sobre nosotros”. ⁹El olivo les contestó: “¿Habré de renunciar a mi aceite, que tanto aprecian en mí dioses y hombres para ir a mecarme sobre los árboles?”. ¹⁰Entonces los árboles dijeron a la higuera: “Ven tú a reinar sobre nosotros”. ¹¹La higuera les contestó: “¿Voy a renunciar a mi dulzura y a mi sabroso fruto, para ir a mecarme sobre los árboles?”. ¹²Los árboles dijeron a la vid: “Ven tú a reinar sobre nosotros”. ¹³La vid les contestó: “¿Voy a renunciar a mi mosto, que alegra a dioses y hombres, para ir a mecarme sobre los árboles?”. ¹⁴Todos los árboles dijeron a la zarza: “Ven tú a reinar sobre nosotros”. ¹⁵La zarza contestó a los árboles: “Si queréis en verdad ungirme rey sobre vosotros, venid a cobijaros a mi sombra. Y si no, salga fuego de la zarza que devore los cedros del Líbano”. ¹⁶Pues bien, ¿habéis obrado con verdad y honradez proclamando rey a Abimélec? ¿Os habéis portado bien con Jerubaal y con su casa, y habéis obrado con él como merecían sus obras? ¹⁷Mi padre luchó por vosotros, expuso su vida y os libró de la mano de Madián, ¹⁸pero vosotros os habéis levantado hoy contra la casa de mi padre, matando a sus hijos, a setenta hombres sobre una piedra, y habéis proclamado rey sobre los señores de Siquén al hijo de su sierva, a Abimélec, por ser él vuestro hermano. ¹⁹Pues, si os habéis comportado hoy veraz y honradamente con Jerubaal y con su casa, alegraos con Abimélec y también él se alegre con vosotros; ²⁰pero si no es así, salga

fuego de Abimélec y devore a los señores de Siquén y a todo Bet Millo. Y salga fuego de los señores de Siquén y del Bet Millo y devore a Abimélec». ²¹Jotán se puso luego a salvo emprendiendo la huida hacia Beer. Y allí permaneció, lejos de la presencia de su hermano Abimélec. ²²Abimélec gobernó tres años sobre Israel. ²³Dios envió un espíritu de discordia entre Abimélec y los señores de Siquén. Y los señores de Siquén traicionaron a Abimélec, ²⁴imputándole así el crimen de los setenta hijos de Jerubaal y haciendo recaer así su sangre sobre su hermano Abimélec, que los había matado, y sobre los señores de Siquén, que le habían ayudado a matar a sus hermanos. ²⁵Los señores de Siquén colocaron contra él en las cimas de los montes gente emboscada, que saqueaba a cuantos los cruzaban de camino. Y Abimélec se enteró. ²⁶Entonces Gaal, hijo de Ebed, llegó con sus hermanos. Pasaron por Siquén, y los señores de Siquén depositaron en él su confianza. ²⁷Salieron al campo, vendimiaron sus viñas, pisaron la uva e hicieron fiesta. Entraron en el templo de sus dioses, comieron, bebieron y maldijeron a Abimélec. ²⁸Gaal, hijo de Ebed, dijo: «¿Quién es Abimélec y quién Siquén, para que les sirvamos? ¿Acaso no es el hijo de Jerubaal, y Zebul su lugarteniente? Servid a las gentes de Jamor, padre de Siquén. ¿Por qué les hemos de servir nosotros? ²⁹¡Ojalá alguien pusiera a este pueblo en mis manos! Quitaría de en medio a Abimélec. Le diría: refuerza tu tropa y sal». ³⁰Zebul, gobernador de la ciudad, escuchó las palabras de Gaal, hijo de Ebed, y montó en cólera. ³¹Despachó astutamente mensajeros a Abimélec, para decirle: «Gaal, hijo de Ebed, y sus hermanos han venido a Siquén y están soliviantando la ciudad contra ti. ³²Ahora, levántate de noche con la gente que está contigo y prepara una emboscada en el campo. ³³Por la mañana, al salir el sol, madruga e irrumpe sobre la ciudad. Cuando él y su gente salgan contra ti, harás con él lo que esté al alcance de tu mano». ³⁴Abimélec se levantó de noche con su gente y tendieron una emboscada a Siquén, divididos en cuatro grupos. ³⁵Gaal, hijo de Ebed, salió y se detuvo junto a la puerta de la ciudad. Abimélec y la gente que estaba con él salieron de la emboscada. ³⁶Gaal divisó a la

gente y dijo a Zebul: «Baja gente de la cima de los montes». Zebul contestó: «Las sombras de los montes te parecen personas». ³⁷Gaal siguió hablando: «Baja gente de la parte del Ombligo de la tierra, y otro grupo viene por el camino de la Encina de los adivinos». ³⁸Zebul contestó: «¿Dónde está tu boca, con la que decías: quién es Abimélec para que le sirvamos? ¿Acaso no es esta la gente que despreciaste? Sal, pues, ahora y lucha contra él». ³⁹Gaal salió al frente de los señores de Siquén y luchó contra Abimélec. ⁴⁰ Abimélec le persiguió y él huyó de su presencia. Muchos cayeron muertos hasta la entrada de la puerta de la ciudad. ⁴¹Abimélec fijó su residencia en Arumá, y Zebul expulsó a Gaal y a sus hermanos, impidiéndoles habitar en Siquén. ⁴²Al día siguiente, la gente salió al campo, y se lo comunicaron a Abimélec. ⁴³Él tomó a la tropa, la dividió en tres grupos y preparó una emboscada en el campo. Cuando vio que la gente salía de la ciudad, cayó sobre ellos y los atacó. ⁴⁴Abimélec y los grupos que estaban con él hicieron una incursión y se apostaron a la entrada de la puerta de la ciudad, mientras los otros dos grupos atacaron a los que estaban en el campo y los vencieron. ⁴⁵Abimélec luchó contra la ciudad todo aquel día. La tomó y mató a la gente que había en ella. La demolió y la sembró de sal. ⁴⁶Al oírlo los notables de Migdal Siquén, entraron en la cripta del templo de El Berit. ⁴⁷Cuando le comunicaron a Abimélec que todos los señores de Migdal Siquén se habían juntado, ⁴⁸subió al monte Salmón con toda su gente. Agarró un hacha en la mano, cortó una rama de un árbol, la levantó y la puso sobre el hombro. Dijo luego a la gente que estaba con él: «Rápido, haced lo que me habéis visto hacer». ⁴⁹Cada uno cortó una rama, fueron tras Abimélec, colocaron las ramas sobre la cripta y les prendieron fuego. Murieron los de Migdal Siquén, unos mil hombres y mujeres. ⁵⁰Después Abimélec marchó contra Tebes, la sitió y la tomó. ⁵¹Había en medio de la ciudad una torre fortificada, y allí se refugiaron hombres, mujeres y todos los señores de la ciudad. Echaron el cerrojo a la puerta y subieron a la azotea de la torre. ⁵²Abimélec llegó hasta la torre y la atacó. Luego se acercó a la puerta de la torre, para prenderle fuego. ⁵³Entonces una mujer arrojó una

muela de molino sobre la cabeza de Abimélec y le rompió el cráneo. ⁵⁴Él llamó deprisa a su joven escudero y le ordenó: «Desenvaina tu espada y remátame, para que no se diga de mí que me mató una mujer». Su criado lo atravesó y murió. ⁵⁵Los israelitas vieron que había muerto Abimélec, y marchó cada cual a su casa. ⁵⁶Dios devolvió a Abimélec el mal que había hecho a su padre, matando a sus setenta hermanos. ⁵⁷E hizo caer también toda la maldad de las gentes de Siquén sobre sus cabezas. De este modo los alcanzó la maldición de Jotán, hijo de Jerubaal.

10¹Después de Abimélec, surgió Tolá para salvar a Israel. Era hijo de Fua, hijo de Dodó, de Isacar, y moraba en Samir, en la montaña de Efraín. ²Juzgó a Israel veintitrés años. Murió y lo enterraron en Samir. ³Le sucedió Yaír, el Galaadita, que juzgó a Israel veintidós años. ⁴Tenía treinta hijos que montaban treinta borricos y poseían treinta ciudades, que se siguen llamando hasta el día de hoy Javot Yaír, en la tierra de Galaad. ⁵Murió Yaír y lo enterraron en Camón. ⁶Los hijos de Israel volvieron a obrar mal a los ojos del Señor, sirviendo a los baales, a las astartés, a los dioses de Arán, a los dioses de Sidón, a los dioses de Moab, a los dioses de los amonitas y a los dioses de los filisteos. Abandonaron al Señor, y no le sirvieron. ⁷Entonces se encendió la ira del Señor contra Israel y los vendió a los filisteos y a los hijos de Amón. ⁸Estos oprimieron y tiranizaron aquel año a los hijos de Israel, y dieciocho años a todos los hijos de Israel de allende el Jordán, en el país amorreo de Galaad. ⁹Los amonitas cruzaron el Jordán con la intención de luchar también contra Judá, Benjamín y la casa de Efraín. Israel se encontró en grave aprieto. ¹⁰Los hijos de Israel clamaron al Señor: «Hemos pecado contra ti, pues abandonamos a nuestro Dios para servir a los baales». ¹¹El Señor les respondió: «¿Acaso no os salvé de la mano de los egipcios, de los amonitas, de los filisteos, ¹²de los sidonios, de Amalec y Maón, cuando os oprimieron y me pedisteis auxilio? ¹³Sin embargo, vosotros me habéis abandonado para servir a otros dioses. Por ello, no volveré a salvaros. ¹⁴Id e invocad a los dioses que os habéis escogido. Que os salven en la hora de vuestra angustia». ¹⁵Los hijos de

Israel dijeron al Señor: «Hemos pecado, trátanos como mejor te parezca. Pero líbranos, por favor, en este día». ¹⁶Quitaron de en medio los dioses extraños y sirvieron al Señor, cuya ira cedió ante el sufrimiento de Israel. ¹⁷Los amonitas se concentraron y acamparon contra Galaad. También los hijos de Israel se reunieron y acamparon en Mispá. ¹⁸El pueblo y los príncipes de Galaad se dijeron unos a otros: «El que emprenda el combate contra los amonitas estará a la cabeza de todos los habitantes de Galaad».

11 ¹Jefté, el galaadita, era un guerrero valiente. Galaad le había engendrado de una prostituta. ²La esposa de Galaad le había dado también hijos. Cuando crecieron, expulsaron a Jefté, diciéndole: «No heredarás en la casa de nuestro padre, porque eres hijo de otra mujer». ³Jefté huyó lejos de sus hermanos y se asentó en la tierra de Tob. Se le juntaron hombres desocupados que hacían correrías con él. ⁴Algún tiempo después los amonitas declararon la guerra a Israel. ⁵Y en cuanto emprendieron la lucha con Israel, los ancianos de Galaad fueron a sacar a Jefté de la tierra de Tob. ⁶Le dijeron: «Ven. Sé nuestro caudillo y lucharemos contra los amonitas». ⁷Pero Jefté respondió: «Vosotros fuisteis los que por odio me expulsasteis de la casa de mi padre. ¿Por qué venís ahora a buscarme, cuando os encontráis en apuros?». ⁸Los ancianos de Galaad le dijeron: «Por eso te hemos buscado, para que vengas con nosotros, luches contra los amonitas y hagas de jefe de todos los habitantes de Galaad». ⁹Jefté respondió: «Si me hacéis volver para luchar contra los amonitas y el Señor los entrega ante mí, yo seré vuestro jefe». ¹⁰Los ancianos de Galaad le dijeron: «El Señor sea testigo contra nosotros, si no hacemos como dices». ¹¹Jefté se puso en camino con los ancianos de Israel, y el pueblo le nombró su jefe y caudillo. Jefté repitió todas sus palabras ante el Señor en Mispá. ¹²Jefté despachó mensajeros al rey de los amonitas con estas palabras: «¿Qué tienes contra mí, para que hayas venido a luchar contra mi país?». ¹³El rey de los amonitas respondió a los mensajeros de Jefté: «Israel se apropió de parte de mi

país al subir de Egipto, desde el Arnón al Yaboc y el Jordán. Pues bien, devuélvelo pacíficamente». ¹⁴Jefté volvió a despachar mensajeros al rey de los amonitas ¹⁵con estas palabras: «Así dice Jefté: Israel no se apoderó de la tierra de Moab ni de la tierra de los amonitas, ¹⁶sino que al subir de Egipto caminó por el desierto hasta el mar Rojo y llegó a Cadés. ¹⁷Entonces despachó mensajeros al rey de Edón, pidiéndole: “Por favor, déjame atravesar tu país”. Pero, el rey de Edón no quiso escuchar. También despachó mensajeros al rey de Moab, que tampoco accedió. E Israel permaneció por ello en Cadés. ¹⁸Caminó por el desierto, rodeando la tierra de Edón y la tierra de Moab, llegó desde oriente a la tierra de Moab y acampó allende el Arnón. Pero no entró en el territorio de Moab, pues el Arnón es el límite de Moab. ¹⁹Israel despachó luego mensajeros a Sijón, rey amorreo, rey de Jesbón. Le dijo: “Por favor, déjanos atravesar tu país hasta nuestro destino”. ²⁰Pero Sijón no se fió de que Israel atravesara su territorio. Sijón reunió a toda su gente y acamparon en Yasá para luchar contra Israel. ²¹El Señor, Dios de Israel, entregó a Sijón y a toda su gente en mano de Israel, que los derrotó. Israel ocupó, entonces, toda la tierra de los amorreos que habitaban aquel territorio. ²²Ocuparon todo el territorio amorreo, desde el Arnón al Yaboc, y desde el desierto al Jordán. ²³Y ahora que el Señor, Dios de Israel, ha expulsado al amorreo ante su pueblo Israel, ¿tú pretendes desposeerlo? ²⁴¿Acaso no te pertenece por derecho lo que Camós, tu dios, te ha dado en posesión? ¿Y no va a pertenecernos a nosotros lo que el Señor, nuestro Dios, nos ha dado en posesión? ²⁵Pues bien, ¿vales tú más que Balac, hijo de Sipor, rey de Moab? ¿Se atrevió a litigar con Israel hasta el punto de hacerle la guerra? ²⁶Siendo así que Israel ha habitado durante trescientos años en Jesbón y sus villas, en Aroer y sus villas, y en todas las ciudades que están al borde del Arnón, ¿por qué no las habéis rescatado durante ese tiempo? ²⁷Yo no te he faltado. Tú, en cambio, has obrado mal, al declararme la guerra. Que el Señor juzgue hoy como juez entre los hijos de Israel y los amonitas». ²⁸Sin embargo, el rey de los amonitas no atendió a las palabras que Jefté le había transmitido. ²⁹El espíritu del

Señor vino sobre Jefté. Atravesó Galaad y Manasés, y cruzó a Mispá de Galaad, y de Mispá de Galaad pasó hacia los amonitas. ³⁰Entonces Jefté hizo un voto al Señor: «Si entregas a los amonitas en mi mano, ³¹el primero que salga de las puertas de mi casa a mi encuentro, cuando vuelva en paz de la campaña contra los amonitas, será para el Señor y lo ofreceré en holocausto». ³²Jefté pasó a luchar contra los amonitas, y el Señor los entregó en su mano. ³³Los batió, desde Aroer hasta Minit — veinte ciudades—, y hasta Abel Queramín. Fue una gran derrota, y los amonitas quedaron sometidos a los hijos de Israel. ³⁴Cuando Jefté llegó a su casa de Mispá, su hija salió a su encuentro con adufes y danzas. Era su única hija. No tenía más hijos. ³⁵Al verla, rasgó sus vestiduras y exclamó: «¡Ay, hija mía, me has destrozado por completo y has causado mi ruina! He hecho una promesa al Señor y no puedo volverme atrás». ³⁶Ella le dijo: «Padre mío, si has hecho una promesa al Señor, haz conmigo según lo prometido, ya que el Señor te ha concedido el desquite de tus enemigos amonitas». ³⁷Y le pidió a su padre: «Concédeme esto: déjame libre dos meses, para ir vagando por los montes y llorar mi virginidad con mis compañeras». ³⁸Él le dijo: «Vete». Y la dejó ir dos meses. Ella marchó con sus compañeras y lloró su virginidad por los montes. ³⁹Al cabo de dos meses volvió donde estaba su padre, que hizo con ella según el voto que había pronunciado. Ella no había conocido varón. Y quedó como costumbre en Israel ⁴⁰que de año en año vayan las hijas de Israel a conmemorar durante cuatro días a la hija de Jefté, el galaadita.

12¹Los efraimitas fueron convocados y pasaron a Safón. Le dijeron a Jefté: «¿Por qué marchaste a luchar contra los amonitas y no nos convocaste para ir contigo? Daremos fuego a tu casa contigo». ²Jefté les contestó: «Yo era un hombre de encarnizada contienda, lo mismo que mi pueblo y los amonitas. Os pedí ayuda, pero no me salvasteis de su mano. ³Cuando vi que no tenía ayuda de nadie, arriesgué mi vida, atacué a los amonitas y el Señor los entregó en mi mano. ¿Por qué subís hoy contra mí para hacerme la guerra?». ⁴Entonces Jefté reunió a todos los

hombres de Galaad y declaró la guerra a Efraín. Los hombres de Galaad derrotaron a los de Efraín, que repetían: «Vosotros sois fugitivos de Efraín, gentes de Galaad en medio de Efraín, en medio de Manasés». ⁵Galaad tomó los vados del Jordán a Efraín. Y cuando uno de los escapados de Efraín pedía: «Quiero cruzar», los galaaditas le preguntaban: «¿Eres efraimita?»; si él respondía: «No», ⁶le volvían a decir: «Pronuncia, por favor, shibbolet»; pero él pronunciaba: sibbolet, pues no podía pronunciar correctamente esa palabra. Entonces, lo agarraban y lo degollaban en los vados del Jordán. Cayeron entonces cuarenta y dos mil efraimitas. ⁷Jefté juzgó seis años a Israel. Murió Jefté, el galaadita, y lo enterraron en su ciudad de Galaad. ⁸Después de él, juzgó a Israel Ibsán de Belén. ⁹Tenía treinta hijos y treinta hijas. A estas las envió fuera para que tomaran marido, mientras que para sus hijos hizo traer treinta muchachas de fuera. Juzgó a Israel siete años. ¹⁰Murió Ibsán y lo enterraron en Belén. ¹¹Después de él juzgó a Israel Elón, el de Zabulón. Juzgó a Israel diez años. ¹²Elón, el de Zabulón, murió y lo enterraron en Ayalón, en la tierra de Zabulón. ¹³Después de él, juzgó a Israel Abdón, hijo de Hilel, el piratonita. ¹⁴Tuvo cuarenta hijos y treinta nietos, que cabalgaban sobre setenta borricos. Juzgó a Israel ocho años. ¹⁵Abdón, hijo de Hilel, el piratonita, murió y lo enterraron en Piratón, en la tierra de Efraín, en la montaña amalecita.

13¹Los hijos de Israel volvieron a obrar mal a los ojos del Señor y el Señor los entregó en manos de los filisteos durante cuarenta años. ²Había en Sorá un hombre de estirpe danita, llamado Manoj. Su esposa era estéril y no tenía hijos. ³El ángel del Señor se apareció a la mujer y le dijo: «Eres estéril y no has engendrado. Pero concebirás y darás a luz un hijo. ⁴Ahora, guárdate de beber vino o licor, y no comas nada impuro, ⁵pues concebirás y darás a luz un hijo. La navaja no pasará por su cabeza, porque el niño será un nazir de Dios desde el seno materno. Él comenzará a salvar a Israel de la mano de los filisteos». ⁶La mujer dijo al esposo: «Ha venido a verme un hombre de Dios. Su semblante era como

el semblante de un ángel de Dios, muy terrible. No le pregunté de dónde era, ni me dio a conocer su nombre. ⁷Me dijo: «He aquí que concebirás y darás a luz un hijo. Ahora, pues, no bebas vino o licor, y no comas nada impuro; porque el niño será nazir de Dios desde el seno materno hasta el día de su muerte». ⁸Manoj imploró así al Señor: «Te ruego, Señor mío, que venga nuevamente a nosotros el hombre de Dios que enviaste, para que nos indique qué hemos de hacer con el niño que nazca». ⁹Dios escuchó la voz de Manoj, y el ángel de Dios se presentó de nuevo a la mujer, cuando se encontraba en el campo. Su esposo Manoj no estaba con ella. ¹⁰Al punto, la mujer corrió a anunciárselo a su marido. Le dijo: «Se me ha aparecido el hombre que vino a verme el otro día». ¹¹Manoj se levantó y siguió a su esposa. Llegó donde estaba el hombre y le preguntó: «¿Eres tú el hombre que habló a mi esposa?». Respondió: «Yo soy». ¹²Manoj dijo: «Ahora que se van a cumplir tus palabras, ¿cuál será la norma de vida del niño y el comportamiento respecto a su misión?». ¹³El ángel del Señor le respondió: «La mujer ha de guardarse de todo cuanto le dije. ¹⁴No probará nada que provenga del fruto de la vid. No beberá vino o licor, ni probará nada impuro. Guardará cuanto le ordené». ¹⁵Manoj dijo al ángel del Señor: «Permítenos retenerte y que te preparemos un cabrito». ¹⁶Pero el ángel del Señor le respondió: «Aunque me retengas, no probaré tu pan. Pero, si quieres ofrecer un holocausto al Señor, hazlo». Y es que Manoj no sabía que se trataba del ángel del Señor. ¹⁷Manoj le preguntó: «¿Cuál es tu nombre, para que podamos honrarte, cuando se cumplan tus palabras?». ¹⁸El ángel del Señor le respondió: «¿Por qué preguntas mi nombre? Es misterioso». ¹⁹Manoj tomó el cabrito y la ofrenda, y lo ofreció sobre la peña al Señor que obra misteriosamente. Manoj y su esposa observaban. ²⁰Al subir al cielo la llama del altar, subió el ángel del Señor con la llama del altar. Cuando Manoj y su esposa lo vieron, cayeron rostro a tierra. ²¹Y el ángel del Señor no volvió a aparecérselos. Entonces supo Manoj que se trataba del ángel del Señor. ²²Y le dijo a su esposa: «Seguramente vamos a morir, pues hemos visto a Dios». ²³Pero su esposa repuso: «Si el Señor hubiera

querido matarnos, no habría recibido de nuestras manos ni el holocausto ni la ofrenda, ni nos habría mostrado todo esto, ni nos habría hecho oír algo semejante». ²⁴La mujer dio a luz un hijo, al que puso el nombre de Sansón. El niño creció, y el Señor lo bendijo. ²⁵El espíritu del Señor comenzó a agitarlo en Majné Dan, entre Sorá y Estaol.

14¹Sansón bajó a Timná y allí se fijó en una mujer filistea. ²Subió, y se lo contó a sus padres. Les dijo: «He visto en Timná una mujer filistea. Pedídmela como esposa». ³Sus padres le contestaron: «¿No hay mujeres entre tus parientes y en todo el pueblo, para que tengas que ir a desposarte con una mujer de los incircuncisos filisteos?». Pero Sansón replicó a su padre: «Pídeme a esta, que es la que me agrada». ⁴Ni su padre ni su madre sabían que esto venía del Señor, que estaba buscando un pretexto contra los filisteos, que dominaban por entonces a Israel. ⁵Sansón bajó a Timná con sus padres. Cuando llegaron a las viñas de Timná, un león joven salió rugiendo a su encuentro. ⁶Le invadió, entonces, el espíritu del Señor, y despedazó al león como se despedaza un cabrito, sin nada en la mano. Pero no contó a sus padres lo que había hecho. ⁷Bajó luego y habló con la mujer que le agradaba. ⁸Volvió al cabo de los días para desposarla, dando un rodeo para ver el cadáver del león. Y vio que en la osamenta de león había un enjambre de abejas con miel. ⁹La extrajo con las manos y siguió su camino comiendo. Llegó donde estaban sus padres, les dio y comieron. Pero nos les contó que había extraído la miel de la osamenta del león. ¹⁰Su padre bajó luego adonde vivía la mujer y Sansón celebró allí un banquete, como suelen hacer los mozos. ¹¹En cuanto lo vieron, eligieron treinta compañeros, para que estuvieran con él. ¹²Sansón les dijo: «Permitidme que os proponga un enigma. Si lo descubris y acertáis en los siete días que dura el banquete, os daré treinta túnicas y treinta mudas de vestidos. ¹³Pero si no sois capaces de descubrirlo, vosotros me daréis treinta túnicas y treinta mudas de vestidos». Le respondieron: «Propón tu enigma y lo escucharemos». ¹⁴Les dijo:«Del que come salió comida y del fuerte salió

dulzura». En tres días no lograron descubrir el enigma. ¹⁵Y al séptimo día dijeron a la mujer de Sansón: «Engaña a tu esposo, para que nos aclare el enigma. Si no, te quemaremos a ti y a la casa de tu padre. ¿Nos habéis invitado para despojarnos?». ¹⁶La mujer de Sansón se puso a llorarle: «Solo me tienes odio y no me amas. Has propuesto un enigma a los de mi pueblo y no me lo has desvelado». Le respondió: «No se lo he desvelado ni a mi padre ni a mi madre, ¿y te lo voy a desvelar a ti?». ¹⁷Le estuvo llorando los siete días del convite. Al séptimo se lo desveló, cansado de su importunidad. Y ella desveló el enigma a los de su pueblo. ¹⁸Las gentes de la ciudad le dijeron el séptimo día, antes de ponerse el sol: «¿Qué más dulce que la miel y qué más fuerte que el león?». Él les dijo: «Si no hubieseis arado con mi novilla, no habríais descubierto mi enigma». ¹⁹Lo invadió entonces el espíritu del Señor. Bajó a Ascalón, mató a treinta de sus hombres y tomó sus despojos. Luego entregó las mudas de vestidos a los que habían descifrado el enigma. Después subió a la casa de su padre, ardiendo de ira. ²⁰En cuanto a la mujer de Sansón, tomó como marido a uno de los amigos de él, que era uno de sus guardianes.

15 ¹Algún tiempo después, en la época de la siega de los trigos, Sansón visitó a su esposa, llevando un cabrito. Pidió: «Quiero llegar a mi esposa, en la alcoba». Pero su suegro no le permitió entrar. ²Y le dijo: «Pensé que la habías aborrecido, y la entregué a tu compañero. Sin embargo, su hermana menor es mejor que ella. Ten a bien que sea tuya en lugar de la otra». ³Sansón replicó: «Esta vez seré inocente ante los filisteos, si les causo algún mal». ⁴Fue y atrapó trescientos zorros. Tomó teas, juntó rabo con rabo y puso una tea entre cada par de ellos. ⁵Prendió fuego a las teas y soltó los zorros por las mieses de los filisteos, incendiando gavillas y mieses e incluso viñas y olivos. ⁶Los filisteos preguntaron: «¿Quién ha hecho esto?». Les respondieron: «Sansón, el yerno del timnita, porque este tomó a su esposa y la dio a su compañero». Entonces subieron los filisteos y los quemaron, a ella y a su padre. ⁷Sansón les dijo: «Por haber obrado así, no voy a parar hasta que

me haya vengado de vosotros». ⁸Les tundió piernas y muslos, causándoles un gran estrago. Bajó y se estableció en una cueva de la peña de Etán. ⁹Los filisteos subieron a acampar contra Judá y se desplegaron en Lejé. ¹⁰Los de Judá preguntaron: «¿Por qué habéis subido contra nosotros?». Respondieron: «Hemos subido a capturar a Sansón, para tratarlo como él nos ha tratado». ¹¹Tres mil hombres de Judá bajaron a la cueva de la peña de Etán y dijeron a Sansón: «¿No sabes que los filisteos nos dominan? ¿Por qué nos has hecho esto?». Les respondió: «Según me trataron, así los he tratado». ¹²Le dijeron: «Hemos bajado a maniatarte, para entregarte en manos de los filisteos». Sansón les dijo: «Juradme que no me mataréis». ¹³Le respondieron: «No, que solo hemos venido a atarte y entregarte en sus manos. No te vamos a matar». Lo ataron con dos cordeles nuevos y lo subieron de la peña. ¹⁴Cuando llegó a Lejé, los filisteos salieron gritando a su encuentro. Entonces lo invadió el espíritu del Señor, y los cordeles que tenía en sus brazos fueron como hilos de lino, consumidos por el fuego, y las ataduras de sus manos se deshicieron. ¹⁵Encontró una quijada fresca de asno, alargó la mano, la agarró y mató con ella a mil hombres. ¹⁶Sansón exclamó: «Con una quijada de asno un montón, dos montones. | Con una quijada de asno maté mil hombres». ¹⁷Cuando hubo acabado de hablar, tiró la quijada y llamó a aquel lugar Ramat Lejé. ¹⁸Después sintió mucha sed e invocó al Señor: «Has logrado esta gran victoria por mano de tu siervo. Pero ahora voy a morir de sed y a caer en manos de los incircuncisos». ¹⁹Entonces el Señor agrietó la hoya que hay en Lejé y manó agua de ella. Sansón bebió, recobró el aliento y se reanimó. Por ello se puso el nombre de En Coré a la fuente que hasta el día de hoy se encuentra en Lejé. ²⁰Sansón juzgó veinte años a Israel, en tiempo de los filisteos.

16¹Sansón se marchó a Gaza. Vio allí una prostituta y se llegó a ella. ²Les comunicaron la noticia a los de Gaza: «Sansón ha llegado aquí». Lo cercaron y acecharon toda la noche a la puerta de la ciudad. Se mantuvieron callados durante la noche, diciéndose: «Le mataremos a la

luz del día». ³Pero Sansón durmió solo hasta la media noche. Entonces se levantó, agarró las hojas del portón de la ciudad con las dos jamba, las arrancó junto con la barra, las cargó sobre sus hombros y las subió a la cumbre del monte que está frente a Hebrón. ⁴Después de esto se enamoró de una mujer del torrente Sorec, llamada Dalila. ⁵Los príncipes de los filisteos subieron a verla y le dijeron: «Sedúcelo y averigua en qué reside su enorme fuerza y con qué se le podría atar para doblegarlo. Nosotros te daremos doce kilos y medio de plata cada uno». ⁶Dalila dijo a Sansón: «Aclárame en qué reside tu enorme fuerza y con qué se te había de atar para doblegarte». ⁷Sansón le respondió: «Si me ataran con siete cuerdas frescas, que no se hayan secado, me debilitaría y vendría a ser como un hombre cualquiera». ⁸Los príncipes filisteos le subieron siete cuerdas frescas, que no se habían secado, y lo ataron con ellas. ⁹Ella, que había apostado unos hombres en la habitación, le gritó: «Los filisteos sobre ti, Sansón». Él rompió las cuerdas como se rompe un hilo de estopa, cuando siente el fuego. Y su fuerza no quedó descubierta. ¹⁰Entonces Dalila le dijo: «Te has burlado de mí, y me has mentido. Ahora, pues, dime, por favor, con qué se te habría de atar». ¹¹Le contestó: «Si me ataran bien atado con cuerdas nuevas con las que no se hubiera realizado trabajo alguno, me debilitaría y vendría a ser como un hombre cualquiera». ¹²Dalila tomó cuerdas nuevas, lo ató con ellas, y gritó: «Los filisteos sobre ti, Sansón», mientras los hombres estaban apostados en la habitación. Pero él rompió las cuerdas de sus brazos como si se tratara de un hilo. ¹³Dalila le dijo: «Hasta aquí me has engañado y me has mentido. Aclárame con qué se te habría de atar». Le contestó: «Si trenzas siete gudejas de mi cabeza con la urdimbre y las sujetas con una clavija, me debilitaré y vendré a ser como un hombre cualquiera». ¹⁴Lo adormeció, trenzó las siete gudejas de su cabeza con la urdimbre, las sujetó con la clavija, y le gritó: «Los filisteos sobre ti, Sansón». Él se despertó de su sueño y arrancó la clavija del telar y la urdimbre. ¹⁵Ella se le quejó: «¿Cómo puedes decir que me amas, si tu corazón no está conmigo? Es la tercera vez que me has engañado y no me aclaras en qué

reside tu enorme fuerza». ¹⁶Y como le asediase todos los días con sus palabras y le importunara tanto, su espíritu se abatió. ¹⁷Entonces le puso al descubierto su corazón y le dijo: «La navaja no ha pasado por mi cabeza, pues soy nazir de Dios desde el seno de mi madre. Si me raparan, mi fuerza se alejaría de mí. Me debilitaría y vendría a ser como cualquier hombre». ¹⁸Dalila se dio cuenta de que le había abierto completamente el corazón y mandó llamar a los príncipes filisteos: «Subid, porque esta vez me ha abierto completamente el corazón». Los príncipes filisteos subieron allá, llevando la plata en sus manos. ¹⁹Lo adormeció sobre sus rodillas y llamó a un hombre que le rapó las siete guedejas de su cabeza. Entonces comenzó a debilitarse y su fuerza se alejó de él. ²⁰Dalila le gritó: «Los filisteos sobre ti, Sansón». Él se despertó de su sueño, pensando: «Saldré como las otras veces y me libraré de ellos». No sabía que el Señor se había alejado de él. ²¹Los filisteos lo apresaron y le sacaron los ojos. Le bajaron a Gaza y lo ataron con una doble cadena de bronce. En la cárcel estuvo dando vueltas a la muela. ²²Ahora bien, después que lo hubieron rapado, el cabello de su cabeza comenzó a crecer. ²³Los príncipes de los filisteos se congregaron para ofrecer un gran sacrificio a su dios Dagón y para hacer un festejo. Decían: «Nuestro dios ha entregado en nuestras manos | a Sansón, nuestro enemigo». ²⁴Cuando lo vio la gente, alababan a su dios diciendo: «Nuestro dios ha entregado en nuestras manos al enemigo, | que assolaba nuestro territorio | y multiplicaba nuestros muertos». ²⁵Cuando ya tenían el corazón alegre, dijeron: «Llamad a Sansón para que nos divierta». Llamaron a Sansón de la cárcel y bailó ante ellos. Luego lo colocaron entre las columnas. ²⁶Sansón dijo al lazareto: «Déjame tocar las columnas sobre las que se asienta el templo, para que pueda apoyarme en ellas». ²⁷El templo estaba lleno de hombres y mujeres. Se encontraban allí todos los príncipes filisteos. En la azotea había unos tres mil hombres y mujeres, viendo los juegos de Sansón. ²⁸Entonces Sansón invocó al Señor: «Dueño y Señor mío, acuérdate de mí y dame fuerzas solo esta vez, oh Dios, para que de un solo golpe pueda vengarme de los filisteos, por lo de mis dos ojos». ²⁹Sansón palpó las dos

columnas centrales sobre las que se asentaba el templo y se apoyó sobre ellas, en una con la derecha y en la otra con la izquierda. ³⁰Entonces gritó: «Muera yo también con los filisteos». Empujó con fuerza, y el templo se desplomó sobre los príncipes y sobre toda la gente que había en él. Los que mató al morir fueron más que los que había matado en vida. ³¹Sus hermanos y toda la casa paterna bajaron a recogerlo y lo subieron a enterrar entre Sorá y Estaol, en el sepulcro de su padre Manoj. Sansón había juzgado a Israel diez años.

17¹Había un hombre de la montaña de Efraín, llamado Micá. ²En cierta ocasión le dijo a su madre: «Aquellos doce kilos y medio de plata que te robaron y por los que proferiste una maldición e incluso la repetiste a mis oídos, están en mi poder, los cogí yo». Su madre exclamó: «Bendito seas del Señor, hijo mío». ³Él devolvió los doce kilos y medio de plata a su madre, que le dijo: «Yo había consagrado la plata al Señor en favor de mi hijo, para hacer una imagen y el chapeado metálico. Ahora quiero devolvértela». ⁴Pero él restituyó la plata a su madre. Su madre tomó más de dos kilos de plata y los entregó al fundidor. Este hizo con ello una imagen y el chapeado metálico, que quedó en casa de Micá. ⁵Dicho Micá tenía una estela sagrada. Hizo un efod y unos terafim, y consagró a uno de sus hijos para que fuera su sacerdote. ⁶En aquellos días no había rey en Israel, y cada uno hacía lo que le parecía correcto. ⁷Había un joven de Belén de Judá, de la estirpe de Judá, que era levita y residía allí como extranjero. ⁸El hombre se fue de la ciudad de Belén de Judá con intención de encontrar un sitio donde vivir como emigrante. Haciendo su camino, llegó a la montaña de Efraín, hasta la casa de Micá. ⁹Micá le preguntó: «¿De dónde vienes?». Le contestó: «Soy levita, de Belén de Judá, y voy de camino con el propósito de encontrar un sitio donde vivir como emigrante». ¹⁰Micá le dijo: «Quédate conmigo, me servirás de padre y sacerdote. Yo te daré más de cien gramos de plata al año, un juego de vestidos y tu sustento». Pero el levita se marchó. ¹¹Sin embargo, accedió después a morar con aquel hombre. El joven llegó a ser para él como

uno de sus hijos. ¹²Micá consagró al levita. Aquel joven le sirvió de sacerdote, y permaneció en su casa. ¹³Micá se dijo: «Ahora sé que el Señor me ha de favorecer, pues tengo un levita como sacerdote».

18¹En aquel tiempo no había rey en Israel. Y por entonces la tribu de los danitas buscaba una heredad para asentarse, pues hasta ese día no le había tocado en suerte heredad entre las tribus de Israel. ²Los danitas enviaron desde sus confines cinco hombres de su estirpe, guerreros valientes de Sorá y Estaol, para explorar el país y reconocerlo. Les encargaron: «Id a reconocer el país». Llegaron, pues, a la montaña de Efraín, hasta la casa de Micá y pasaron allí la noche. ³Cuando se encontraban cerca de la casa de Micá y reconocieron la voz del joven levita, se volvieron hacia allí, y le preguntaron: «¿Quién te ha traído acá? ¿Qué haces tú en este lugar? ¿Qué tienes por aquí?». ⁴Les respondió: «Micá me ha hecho esto y esto. Me ha contratado, y le sirvo como sacerdote». ⁵Le dijeron: «Consulta, por favor, a Dios, para que sepamos si tendrá éxito el viaje que estamos realizando». ⁶El sacerdote les respondió: «Id en paz. En presencia del Señor estáis haciendo el viaje». ⁷Los cinco hombres se fueron, y llegaron a Lais. Vieron que la población que había en ella vivía segura, a la manera de los sidonios, en paz y confiada; no había quien se les opusiera, con grandes riquezas, lejos de los sidonios y sin relaciones con Siria. ⁸Después regresaron a Sorá y Estaol, donde estaban sus hermanos, que les preguntaron: «¿Qué pensáis?». ⁹Respondieron: «Levantémonos y subamos contra ellos. Hemos reconocido el país y es muy bueno, mientras vosotros permanecéis parados. No seáis perezosos para ir y entrar a poseerlo. ¹⁰Llegaréis a un pueblo confiado, a una tierra de anchos límites. Dios lo ha entregado en vuestras manos. Se trata de un territorio que no carece de cuanto puede haber en la tierra». ¹¹De allí partieron seiscientos hombres de la estirpe danita de Sorá y Estaol, ceñidos con armas de guerra. ¹²Subieron para acampar en Quiriat Yearín de Judá; por eso aquel sitio se llama hasta hoy Majne Dan. Se encuentra al oeste de Quiriat

Yearín. ¹³De allí pasaron a la montaña de Efraín y llegaron a casa de Micá.

¹⁴Los cinco hombres que habían ido a explorar la tierra de Lais tomaron la palabra y dijeron a sus hermanos: «¿Sabéis que en una de esas casas hay un efod y terafim, una imagen y el chapeado de metal? Pensad lo que vais a hacer». ¹⁵Partieron de allí, entraron en la casa del joven levita, la casa de Micá, y le saludaron. ¹⁶Entre tanto, los seiscientos hombres danitas, ceñidos con armas de guerra, estaban apostados a la entrada de la puerta. ¹⁷Los cinco hombres que habían ido a explorar el país subieron, entraron allá y tomaron la imagen, el efod, los terafim y el chapeado de metal, mientras el sacerdote y los seiscientos hombres, ceñidos con armas de guerra, seguían apostados a la entrada de la puerta. ¹⁸Cuando aquellos entraron a la casa de Micá y tomaron la imagen, el efod, los terafim y el chapeado de metal, el sacerdote les dijo: «¿Qué estáis haciendo?». ¹⁹Le contestaron: «Calla, pon tu mano sobre la boca y ven con nosotros. Serás nuestro padre y sacerdote. ¿Qué es mejor para ti: ser sacerdote de la casa de un solo hombre o ser sacerdote de una tribu y de un clan de Israel?». ²⁰El corazón del sacerdote se alegró. Tomó el efod, los terafim y la imagen, y se fue con aquella gente.

²¹Después se volvieron y emprendieron el camino de regreso. Pusieron delante a los no aptos para la guerra, el ganado menor y los enseres.

²²Nada más dejar la casa de Micá, los hombres que vivían en las casas contiguas a la de Micá dieron la alarma y se pusieron a perseguir a los danitas ²³gritándoles por detrás. Los danitas se volvieron y preguntaron a Micá: «¿Qué te pasa para que grites así?». ²⁴Respondió: «Me habéis quitado los dioses que me había hecho y al sacerdote, y os marcháis. ¿Qué me queda? ¿Cómo podéis decirme qué te pasa?». ²⁵Los danitas le replicaron: «No levantes la voz, no sea que algunos hombres de ánimo violento se abalancen contra vosotros y perdáis la vida tú y tu familia».

²⁶Los danitas siguieron su camino. Viendo Micá que eran más fuertes que él, dio la vuelta y regresó a su casa. ²⁷Ellos tomaron lo que había fabricado Micá y al sacerdote que tenía, y cayeron sobre Lais, sobre una gente pacífica y confiada. Los pasaron a filo de espada, y prendieron fuego a la

ciudad. ²⁸No hubo quien la librara, pues estaba lejos de Sidón y no tenían relación con nadie. Se encontraba en el valle de Bet Rehob. La reconstruyeron y se asentaron en ella. ²⁹Y la llamaron Dan, por el nombre de su antepasado Dan, hijo de Israel. El nombre antiguo de la ciudad era Lais. ³⁰Los danitas se erigieron la imagen. Jonatán, hijo de Guersón, hijo de Moisés, así como sus hijos fueron sacerdotes de la tribu danita hasta el día de la deportación del país. ³¹La imagen que había fabricado Micá permaneció instalada allí todo el tiempo que el santuario de Dios estuvo en Siló.

19¹Por aquellos días, en que no había rey en Israel, un levita que vivía como extranjero en los confines de la montaña de Efraín se casó con una concubina de Belén de Judá. ²Su concubina se enfadó con él y se marchó de su lado, yéndose a la casa de su padre, a Belén de Judá. Allí permaneció algún tiempo, unos cuatro meses. ³Su marido se puso en camino tras ella, para hablarle al corazón y hacerla volver, llevando consigo a su criado y una pareja de borricos. Ella le hizo pasar a la casa de su padre. Cuando lo vio el padre de la joven, se alegró de encontrarlo. ⁴Su suegro, el padre de la joven, lo retuvo, y permaneció con él tres días. Comieron, bebieron y pasaron la noche allí. ⁵Al cuarto día, se levantaron temprano y se dispusieron a partir. El padre de la joven dijo entonces a su yerno: «Reconforta tu corazón con un bocado de pan, y luego partiréis». ⁶Se sentaron a comer y a beber juntos. El padre de la joven le dijo: «Accede, por favor, a pasar la noche y que tu corazón se alegre». ⁷El hombre se levantó para marchar, pero su suegro le insistió, y él volvió a pasar la noche allí. ⁸Al quinto día se levantó de madrugada para irse. Pero el padre de la joven le dijo: «Por favor, reconforta tu corazón, y demoraos hasta que decline el día». Y comieron los dos. ⁹Cuando el hombre se levantaba para irse con su concubina y su criado, le dijo su suegro, el padre de la joven: «El día declina y se va a hacer de noche. Por favor, pasad aquí la noche, pues el día se acaba. Pernocta aquí y que tu corazón se alegre. Mañana madrugaréis para hacer vuestro viaje e irás a tu

tienda». ¹⁰Pero aquel hombre no accedió a pasar la noche. Emprendió el camino, y llegó frente a Jebús, es decir, Jerusalén, con los dos borricos aparejados, y su concubina. ¹¹Cuando se encontraban cerca de Jebús, el día iba muy de caída. El criado dijo a su amo: «Vamos a desviarnos a esta ciudad jebusea, para pasar allí la noche». ¹²Su amo le replicó: «No nos desviaremos a una ciudad extranjera en la que no vive ninguno de los hijos de Israel. Continuaremos hasta Guibeá». ¹³Dijo luego a su criado: «Vamos y acerquémonos a una de las localidades, para pasar la noche en Guibeá o en Ramá». ¹⁴Continuaron el camino, hasta que se les puso el sol cerca de Guibeá de Benjamín. ¹⁵Se desviaron de allí para ir a pasar la noche en Guibeá. El levita entró y se sentó en la plaza de la ciudad, pero no hubo nadie que los acogiera para que pasaran la noche en su casa. ¹⁶Entre tanto, un anciano regresaba al atardecer de su faena en el campo. Era un hombre de la montaña de Efraín que residía como emigrante en Guibeá, mientras que las gentes de la localidad eran benjaminitas. ¹⁷El anciano levantó los ojos y, al ver al caminante en la plaza de la ciudad, preguntó: «¿Adónde vas y de dónde vienes?». ¹⁸Le contestó: «Vamos de paso desde Belén de Judá a los confines de la montaña de Efraín, de donde soy yo. He ido hasta Belén de Judá. Yo voy frecuentemente a la casa de Dios, pero nadie me ha acogido en su casa. ¹⁹Tenemos paja y forraje para nuestros borricos, y también pan y vino para mí, para tu sierva y para el criado que está con tu siervo. No tenemos necesidad de ninguna cosa». ²⁰El anciano le dijo: «La paz sea contigo. Todas tus necesidades corren de mi cuenta. No has de pasar la noche en la plaza». ²¹Los hizo entrar en su casa y echó forraje a los borricos. Ellos se lavaron los pies, comieron y bebieron. ²²Se encontraban animados cuando la gente de la ciudad, unos malvados, cercaron la casa, aporrearon la puerta y dijeron a gritos al anciano, dueño de la casa: «Saca al hombre que has recogido en tu casa, para que lo conozcamos». ²³El dueño de la casa salió ante ellos y les dijo: «Hermanos míos, por favor, no obréis mal. Puesto que este hombre ha entrado en mi casa, no cometáis esa infamia. ²⁴Aquí está mi hija, que es virgen, y la concubina de él. Voy a sacarlas;

forzadlas y haced con ellas lo que mejor os parezca. Pero con este hombre no cometáis tal infamia». ²⁵Aquellos hombres no le hicieron caso. El hombre tomó entonces a su concubina y la sacó fuera; ellos la forzaron y abusaron de ella toda la noche, hasta el amanecer. Al rayar el alba, la dejaron. ²⁶La mujer llegó al despuntar el alba, y quedó tendida a la entrada de la casa del hombre donde se encontraba su señor, hasta que se hizo de día. ²⁷Su señor se levantó de madrugada, abrió la puerta de la casa, y cuando salía para emprender la marcha, vio a su concubina tendida a la entrada de la casa, con las manos sobre el umbral. ²⁸Le dijo: «Levántate y vamos». Pero no hubo respuesta. La cargó sobre el borrico y se fue a su localidad. ²⁹Al llegar a su casa, tomó un cuchillo y, agarrando el cadáver de su mujer, la descuartizó miembro por miembro en doce trozos y los envió por todo el territorio de Israel. ³⁰Cuantos lo veían, decían: «No ha ocurrido ni se ha visto cosa semejante, desde la subida de los hijos de Israel de Egipto hasta el día de hoy. Consideradlo, deliberad y pronunciaos».

20¹Todos los hijos de Israel, desde Dan hasta Berseba y Galaad, fueron como un solo hombre a reunirse en asamblea ante el Señor en Mispá. ²Los jefes del pueblo y todas las tribus de Israel asistieron a la asamblea del pueblo de Dios: cuatrocientos mil hombres de a pie, diestros con la espada. ³Los benjaminitas se enteraron de que los hijos de Israel habían subido a Mispá. Los hijos de Israel les preguntaron: «Decidnos cómo se ha cometido semejante maldad». ⁴El levita, esposo de la mujer asesinada, respondió: «Mi concubina y yo habíamos llegado a Guibeá de Benjamín para pasar la noche. ⁵Entonces se alzaron contra mí los señores de Guibeá y me rodearon en la casa durante la noche. Planeaban matarme. Y en cuanto a mi concubina, la forzaron hasta matarla. ⁶Yo, agarrándola, la descuarticé y la envié por todo el territorio de la heredad de Israel, porque se ha cometido una abominación y una infamia en Israel. ⁷Aquí estáis todos vosotros, hijos de Israel. Proponed aquí mismo una resolución y un dictamen». ⁸Todo el pueblo se levantó

como un solo hombre, diciendo: «Nadie irá a su tienda ni volverá a su casa. ⁹Esto es lo que haremos respecto a Guibeá: subiremos contra ella según sorteo. ¹⁰Escogeremos diez hombres por cada cien de todas las tribus de Israel, y cien por cada mil y mil por cada diez mil, a fin de procurar vituallas para la tropa que vaya a tratar a Guibeá de Benjamín según merece la infamia que se ha cometido en Israel». ¹¹Todos los israelitas, aliados como un solo hombre, se reunieron contra la ciudad. ¹²Las tribus de Israel despacharon emisarios por toda la tribu de Benjamín a decirles: «¿Qué maldad es esa que se ha cometido entre vosotros? ¹³Ahora, pues, entregadnos a esos hombres despreciables de Guibeá, para que los matemos y extirpemos esta maldad de Israel». Pero los de Benjamín no quisieron escuchar la voz de sus hermanos israelitas. ¹⁴Los benjaminitas dejaron sus ciudades y se reunieron en Guibeá, para salir a luchar con los hijos de Israel. ¹⁵Aquel día, de entre los benjaminitas procedentes de las ciudades y diestros en el uso de la espada, fueron alistados veintiséis mil, sin contar a los habitantes de Guibeá. ¹⁶De entre todos ellos, había setecientos hombres aguerridos, zurdos, capaces de lanzar con la honda una piedra contra un cabello sin que el golpe de la piedra se desviara lo más mínimo. ¹⁷Los israelitas se alistaron, sin Benjamín: cuatrocientos mil hombres armados de espada, todos ellos gente de guerra. ¹⁸Se pusieron en marcha, y subieron a Betel a consultar a Dios. Preguntaron: «¿Quién de nosotros subirá primero a luchar contra los benjaminitas?». El Señor respondió: «Judá será el primero». ¹⁹Los hijos de Israel se levantaron de madrugada y acamparon cerca de Guibeá. ²⁰Los hijos de Israel salieron a luchar contra Benjamín y formaron contra ellos en orden de batalla, frente a Guibeá. ²¹Pero los benjaminitas de Guibeá salieron y aquel día dejaron muertos en tierra veintidós mil hombres de Israel. ²²Se rehicieron y volvieron a formar en orden de batalla en el mismo lugar donde habían formado el primer día. ²³Los hijos de Israel subieron a llorar ante el Señor, hasta la tarde. Consultaron al Señor: «¿He de volver a presentar batalla a mi hermano Benjamín?». El Señor Respondió: «Subid contra él». ²⁴Al segundo día, los hijos de Israel

se acercaron a los benjaminitas. ²⁵Entonces, Benjamín salió de Guibeá a su encuentro aquel segundo día, y dejó muertos por tierra dieciocho mil hijos de Israel más, todos ellos armados de espada. ²⁶Los hijos de Israel y todo el pueblo subieron a Betel. Allí lloraron sentados ante el Señor. Aquel día ayunaron hasta el atardecer, y ofrecieron holocaustos y víctimas pacíficas ante el Señor. ²⁷Los hijos de Israel consultaron al Señor —pues en aquellos días estaba allí el Arca de la Alianza de Dios, ²⁸y prestaba servicio ante ella Pinjás, hijo de Eleazar, hijo de Aarón—, diciendo: «¿Continuaré saliendo a luchar contra los de mi hermano Benjamín o desistiré?». El Señor respondió: «Subid, pues mañana lo entregaré en vuestras manos». ²⁹Israel puso emboscadas en torno a Guibeá. ³⁰Al tercer día subieron los hijos de Israel contra los benjaminitas, y formaron contra Guibeá como las veces anteriores. ³¹Los benjaminitas salieron al encuentro de la tropa, alejándose de la ciudad. Y, lo mismo que las veces anteriores, comenzaron a causar bajas entre la tropa por los caminos, uno de los cuales sube a Betel y el otro a Guibeá por el campo: unos treinta israelitas. ³²Los benjaminitas se dijeron: «Ya están derrotados ante nosotros como anteriormente». Pero es que los hijos de Israel se habían dicho: «Huyamos y alejémoslos de la ciudad, hacia los caminos». ³³Entonces los israelitas se levantaron de sus posiciones para formar en Baal Tamar, mientras la emboscada de Israel salía de su posición, del flanco desguarnecido de Guibeá. ³⁴Diez mil hombres escogidos de Israel llegaron frente a Guibeá y arreció la batalla. Los benjaminitas no sabían que la desgracia se les echaba encima. ³⁵El Señor batió a Benjamín ante Israel. Y los hijos de Israel mataron aquel día a veinticinco mil cien benjaminitas, todos ellos armados de espada. ³⁶Los benjaminitas se dieron cuenta de que habían sido derrotados. Los hijos de Israel, sin embargo, cedieron terreno a Benjamín, pues confiaban en la emboscada que habían tendido junto a Guibeá. ³⁷Los emboscados se apresuraron a asaltar Guibeá. Se desplegó la emboscada, y pasaron a filo de espada a toda la ciudad. ³⁸Los hijos de Israel tenían con los emboscados el acuerdo de hacer subir una señal de humo de la ciudad.

³⁹Los hijos de Israel retrocedieron en la batalla. Y Benjamín comenzó a causarles bajas —unos treinta hombres—, de modo que se dijeron: «Están ya derrotados ante nosotros, como en el primer combate».

⁴⁰Entonces comenzó a salir de la ciudad la señal, una columna de humo. Cuando Benjamín volvió su rostro, vio que toda la ciudad subía en llamas al cielo. ⁴¹Los israelitas volvieron a hacerles frente, mientras los benjaminitas permanecían aterrorizados, al ver que la desgracia había caído sobre ellos. ⁴²Se volvieron por el camino del desierto ante los israelitas, pero el combate los fue siguiendo. Los que salían de las ciudades, sorprendiéndolos en medio, los aniquilaban. ⁴³Cercaron a Benjamín, lo acosaron sin descanso y lo persiguieron hasta llegar frente a Guibeá, a levante. ⁴⁴Cayeron dieciocho mil benjaminitas, todos ellos valerosos. ⁴⁵Los restantes se volvieron y huyeron al desierto, a la peña de Rimón. Los rastrearon por los senderos: cinco mil hombres caídos. Los persiguieron hasta Guidón, matándoles dos mil. ⁴⁶Aquel día cayeron de Benjamín veinticinco mil hombres armados de espada, todos ellos valerosos. ⁴⁷Seiscientos hombres se habían vuelto, y habían huido al desierto, a la peña de Rimón. Y permanecieron en la peña de Rimón cuatro meses. ⁴⁸Los hijos de Israel se volvieron contra los benjaminitas. Y pasaron a filo de espada desde la población de la ciudad al ganado menor y todo cuanto había en ella. Asimismo, prendieron fuego a todas las ciudades que encontraban.

21¹Los hijos de Israel habían jurado en Mispá: «Ninguno de nosotros entregará su hija como esposa a un benjaminita». ²El pueblo llegó a Betel y allí permanecieron sentados ante Dios, hasta la tarde. Levantaron su voz y lloraron con grandes gemidos. ³Decían: «¿Por qué, Señor, Dios de Israel, ha ocurrido esto en Israel, que le falte hoy una tribu?». ⁴El pueblo se levantó de madrugada, edificaron allí un altar y ofrecieron holocaustos y sacrificios pacíficos. ⁵Los hijos de Israel preguntaron: «¿Quién de entre todas las tribus de Israel es el que no ha subido a la asamblea ante el Señor?». Pues se había hecho un juramento solemne

contra quien no subiera ante el Señor a Mispá, en estos términos: «Morirá sin remedio». ⁶Los hijos de Israel sentían lástima de su hermano Benjamín y repetían: «Hoy ha sido extirpada una tribu de Israel. ⁷¿Qué mujeres podemos procurarles a los que quedan, pues hemos jurado por el Señor no darles esposas de entre nuestras hijas?». ⁸Preguntaron: «¿Quién hay entre las tribus de Israel que no haya subido ante el Señor a Mispá?». Y resultó que no había subido al campamento, a la asamblea, ningún hombre de Yabés de Galaad. ⁹Se pasó revista al pueblo y vieron que no había allí ninguno de los habitantes de Yabés de Galaad. ¹⁰Entonces la asamblea envió doce mil hombres aguerridos, a los que dio esta orden: «Id y pasad a filo de espada a los habitantes de Yabés de Galaad, incluidas las mujeres y los niños. ¹¹Esto es lo que haréis: consagraréis al anatema a todo varón y a toda mujer que haya conocido el lecho de un varón, pero a las vírgenes las dejaréis con vida». Así lo hicieron. ¹²Hallaron entre los habitantes de Yabés de Galaad cuatrocientas jóvenes vírgenes, que no habían conocido el lecho de un varón. Y las condujeron al campamento de Siló, en la tierra de Canaán. ¹³Toda la asamblea despachó mensajeros para hablar con los benjaminitas que se encontraban en la peña de Rimón y proponerles la paz. ¹⁴Los benjaminitas regresaron entonces, y les entregaron las que habían quedado vivas de entre las mujeres de Yabés de Galaad. Pero no había bastantes para todos ellos. ¹⁵El pueblo tuvo lástima de Benjamín, porque el Señor había abierto una brecha en las tribus de Israel. ¹⁶Los ancianos de la comunidad preguntaron: «¿Qué haremos para dar esposas a los supervivientes, puesto que han sido exterminadas las mujeres de Benjamín?». ¹⁷Dijeron: «Tenga Benjamín una posibilidad de supervivencia, a fin de que no sea exterminada una tribu de Israel. ¹⁸Aunque nosotros no podemos darles esposas de entre nuestras hijas». En efecto, los hijos de Israel habían jurado: «Maldito quien dé esposa a Benjamín». ¹⁹Se dijeron: «Mirad, llega la fiesta anual del Señor en Siló. Siló se encuentra al norte de Betel, a oriente del camino que sube de Betel a Siquén y al sur de Libná. ²⁰Entonces ordenaron a los benjaminitas:

«Id y apostaos en las viñas. ²¹Estad atentos, y cuando salgan las jóvenes de Siló a bailar en corro, salid de las viñas y cada cual raptará una joven de Siló. Después os marcharéis al territorio de Benjamín. ²²Y si vinieren sus padres o sus hermanos a querellarse contra vosotros, les diremos: Sednos benignos con ellos, pues no hemos sido capaces de tomar una mujer para cada uno en la guerra. Ciertamente no sois vosotros quienes se las habéis dado, pues en ese caso habríais incurrido en culpa». ²³Los benjaminitas lo hicieron así. Tomaron mujeres con arreglo a su número de las danzarinas que habían raptado. Luego emprendieron el regreso a su heredad. Reedificaron las ciudades y las habitaron. ²⁴También los hijos de Israel se fueron de allí, cada uno a su tribu y a su parentela. De allí salió cada cual a su heredad. ²⁵En aquel tiempo no había rey en Israel. Y cada uno hacía lo que le parecía bien.